

CON OTRA MIRADA

Aprovecharon los días festivos para bajar al mar. Era su deseo, las sensaciones que quería conservar antes de marcharse.

Terminaba el mes de octubre con buen tiempo, aun así el mar estaba alborotado, las olas rabiosas, tan sólo por eso no invitaban a bañarse. Todo aquel ambiente parecía perfecto. Dentro del chiringuito de la playa, acondicionado con amplios ventanales a modo de invernaderos oía una música con deje de melancolía.

A través del cristal, contemplaba la estampa de la felicidad, la fotografía perfecta que se queda en la retina. Sintió que esa situación la había vivido antes. Seguro que había una explicación psicológica para este fenómeno que no era capaz de recordar.

La luz era tan intensa que difuminaba los movimientos de sus hijos mientras corrían con la cachorra jugando a esquivar las olas.

Al mismo tiempo que la sensación de felicidad la embargaba, sintió una punzada de dolor que le recordó que la amenaza en forma de tumor estaba allí quietecita. Aguardando.

Acababan de visitar el faro. La carretera, estrecha y peligrosa, había desatado la adrenalina en el cuerpo, experimentando una mezcla de peligro y placer...

Hacía diez años que descubrió aquel paisaje, del que quedó cautivada por su belleza. Fue al encuentro con el mar tras superar aquella operación. Tal vez por eso todo le pareció más hermoso al contemplarlo con ojos limpios, descubrir sabores y aromas más puros.

Esas sensaciones, a pesar del tiempo, estaban en su memoria y venían a ella en busca de vida.

La vista desde el faro siempre era magnífica, las montañas, como fortalezas resistentes, daban paso al mar, verde y azul, infinito. La brisa les había llenado de su aroma, se podía saborear la sal, el olor a pescado. A un lado se veía la playa inmensa... Al otro, tan sólo separadas por la estrecha carretera, las salinas con sus aguas estancadas y montículos. La otra vertiente del faro, desde el mirador, mostraba el arrecife de "Las Sirenas", lugar que, en tantas ocasiones, embrujaba y atraía a los marineros.

Al bajar fueron a comer. La cerveza, muy fría, comenzó a calmar la sed de inmediato. Burbujeaba en la boca anulando otros recuerdos. La luz hacía resaltar su color amarillento, la espuma blanca como las olas cercanas.

La ensalada de la casa tenía muchos ingredientes, todos frescos. Los colmó generosamente de sal, vinagre y aceite. Enseguida llegó la fritura de pescado.

A su lado, dos gatos negros de luminosos ojos amarillos, tal vez reencarnación de otros seres o de otra vida, compartieron la comida.

Besó los labios de su marido. Estaban calientes, eran carnosos, apetecibles. Sabían a pescado. Era su manera de darle las gracias por el viaje.

Acarició su mano, sin querer se entretuvo en la alianza tratando de girarla ¿Qué sería de él cuando ella no estuviera? ¿Regresaría al mar con los niños?

Sintió la amenaza de las lagrimas que arruinarían esos momentos, lo habían hablado a menudo, ahora no eran necesarias las palabras Fue al servicio, no pudo mirarse al espejo.

Mientras tanto los niños se habían ido fuera, corrían ajenos a cualquier peligro. Los contempló mientras esperaban el postre. Sintió que ellos tenían fuerza para desenvolver su vida con fortuna.

La leche frita para compartir, la trajo una señora mayor, probablemente la cocinera. Sus canas le hicieron pensar en la etapa de la vida a la que ella no llegaría... Eran cuatro porciones irregulares espolvoreadas con azúcar y canela; suaves, se derretían en la boca. Para acompañar el postre pidieron café con leche en vaso, cargado. Ahora el sabor amargo eliminó el empalagoso del postre.

Aunque tenía prohibido el tabaco necesitaba un cigarro. Fue a la máquina, eligió uno bajo en nicotina. Retardó el momento de apretar el botón mientras retenía las lágrimas. Amaba la vida, le había dado una segunda oportunidad que se agotaba... No quería mostrar su dolor, prefería que el recuerdo de aquel día fuera perfecto.

En la mesa encendió el cigarro con mucha calma, con un ligero susurro de olas y mar. El sabor agridulce volvió a pararle la respiración. Dejó que las cervezas, la luz y la comida la atontaran. Era como si ya no estuviera allí, como si pudiera contemplar a su familia desde lo alto, mucho más alto que desde el faro. Como si la vida se deslizara suave y en silencio.

Noviembre 2005